

Violines bajo la luna

Sara Elly ha regresado a mi vida. Ahora, que tanto camino he recorrido, quiero volver la vista atrás hasta aquella tarde remota, hace ya casi tres décadas, en que la conocí. Ella apenas si superaría los setenta años y yo aún no alcanzaba los veinticinco. De la extraña relación que mantuvimos nació el caminante que ahora soy. Enemigo de melancolías seductoras, me dejo arrastrar inane por el recuerdo de lo acontecido durante aquellos meses en los que Sara Elly me adentró en la sabiduría del camino. Tras los sutiles velos de la memoria del ayer debo rastrear el por qué de su sorprendente reaparición de hoy.

Como ocurre con tantas cosas en la vida, creí que nuestro encuentro fue fruto de la casualidad. Fue el azar, o al menos eso creí por aquel entonces, el que me empujó hasta el portal de su casa justo cuando ella colocaba la placa con el rótulo enigmático de SABIDURÍA DEL CAMINANTE.

No fueron, aquéllos, tiempos buenos para mí. Muchacho con ambiciones, me había trasladado hacia tan sólo unos meses a los suburbios de la gran ciudad de la Costa Este en busca de esos horizontes que sólo las capitales parecen ofrecer. Tenía hambre de éxito. Consideraba la vista lejana de los grandes rascacielos de Man-

hatten como un símbolo, una señal inequívoca de que, algún día, mi nombre brillaría entre los de los dueños del universo que los habitaban. Sin apenas presente, ya me desangraba por un futuro próspero y deslumbrante. En la juventud, los sueños se conjugan con la pureza del futuro, mientras que en la madurez la experiencia suele enterrarlos bajo la capa del desengaño. Yo, hoy, a mis casi cincuenta y cinco años, mantengo lozana la capacidad de soñar e ilusionarme. Eso me mantiene vivo. Una bendición que, en gran parte, debo agradecerse a ella. Yo no era sabio entonces —tampoco ahora lo soy—, pero sí ambicioso e inocente a partes iguales, atributos de peligrosa convivencia e imposible equilibrio que me condenaron a sufrir mientras el camino desvelaba los secretos de la vida y del corazón.

Una crisis económica sin parangón sacudía al mundo occidental. Nuestra economía agonizaba, herida por el desempleo y aplastada por sus deudas. Aquella crisis fue el primer síntoma de todo lo terrible que ocurriría después y que cambiaría el mundo entero por completo. Pero al tratarse de materia tan conocida, evitaré la aburrida redundancia de su narración. No deseo rememorar la marcha de la Historia, sino rescatar del olvido los primeros pasos de mi camino.

Mis sueños de grandeza chocaban con la triste realidad. Había rodado de un trabajo malo a otro peor, hasta que recalé en una agencia de diseño publicitario que no colmaba mis ansias juveniles. Todo me parecía poco para las capacidades que creía atesorar. Acudía malhumorado a la oficina y me limitaba a cumplir los tediosos encargos

que me confiaban, mientras miraba con insistencia aquel reloj de esfera blanca que colgaba de la pared y que parecía no avanzar. La mañana del día en el que conocí a Sara Elly, el jefe me había citado en su despacho. Al entrar lo encontré sentado en las alturas de la gran mesa del poder; su presencia imponente hizo que me sintiera poco más que un triste gusano.

—Stefan, ¿qué te ocurre? —preguntó—. Llevamos un tiempo observando tu trabajo y vemos con preocupación cómo tu rendimiento disminuye.

—No me pasa nada —contesté al sentirme acorralado.

—Al principio nos pareciste un joven con un gran potencial. Pero estamos... digamos que desencantados contigo. Te limitas a cumplir con tus cometidos, sin la motivación de los que aspiran a mejorar.

Guardé un silencio nervioso, incapaz de responder. Mi jefe tenía razón, pero no podía ni reconocérselo ni, mucho menos aún, renunciar a un salario que precisaba. Ante mi mutismo, el gran hombre volvió a tomar la palabra.

—Si decides seguir con nosotros, tendrá que ser con otra actitud. Te queremos motivado. Si no lo consigues, te invitaremos a abandonarnos.

Comprendí sus palabras: «Te invitaremos a abandonarnos» equivalía a: «Te despediremos». Me querían echar. No servía ni para simple auxiliar de un creativo júnior. O sea, el último mono, la nada. La palabra «fracaso» resonó amarga en el eco sonoro de mi interior. No estaba programado para la derrota. Desde muy joven había confiado en un futuro exitoso. Para eso es-

taba en Nueva York, lejos de mi casa y familia, que tanto echaba de menos. Procedente de la luz de California, de su clima y sus cultivos mediterráneos, no conseguía habituarme a las frías brumas del Este. En muchas ocasiones pensé abandonarlas, pero resistí la tentación al saber que no soportaría el regresar derrotado a casa. Por eso, no podía permitir que me expulsaran al territorio yermo del desempleo.

Sufría. Mi propia insatisfacción interior era más devastadora que la crisis que asolaba la economía mundial. Notaba en el pecho el ardor de esas llamas que nunca se extinguían. Estaba convencido de mi valía ignota e inexplorada y me amargaba mi incapacidad para mostrarlas. El lento suceder de meses y empleos desperdiciados agudizaron mi desazón hasta el límite mismo del dolor. Yo, que siempre creí que llegaría pronto a las alturas, me arrastraba en el lodo de los incompetentes, de los incapaces de brillar en su empleo y responsabilidad.

La pesadumbre causada por el aviso de despido me empujó a vagar por uno de los barrios antiguos de la ciudad que aún desconocía, a pesar de no encontrarse demasiado lejos de mi domicilio. Todavía hoy recurro a esos largos paseos que tanto bien me hacen. No podía figurarme que el encuentro más trascendente de mi vida estuviera a punto de producirse. Al adentrarme en una calle de edificios sucios y gatos negros descubrí a una anciana, alta y delgada, que salía de un portal decrepito. Conservaba los rasgos de una belleza madura y su elegancia natural desentonaba con aquel lugar decadente y mí-

sero. Llevaba entre las manos una placa que colgó de un clavo que sobresalía de la pared. La dirección de mis pasos hizo que pasara junto a ella justo cuando terminaba su tarea. Leí, curioso, las tres únicas palabras que lucían enigmáticas sobre el pequeño rótulo: SABIDURÍA DEL CAMINANTE. La mujer me miró entonces con ojos de luz serena. Desvié de nuevo la mirada hacia el cartel que no comprendía.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

Me volví hacia ella. La mujer sonrió.

—No entiendo lo que anuncia —respondí sincero.

—Pues lo dice bien claro. Adentrar a los caminantes en la senda de la sabiduría.

—¿Caminantes? ¿Qué caminantes?

—Caminantes podemos ser todos. Recorremos el camino de nuestras vidas. Nuestra vida camino es. Pero pocos lo transitan con la sabiduría del caminante y muchos con el desconcierto del descarriado.

Guardé silencio para asimilar aquellas palabras tan sucintas como evocadoras. Yo era, en aquellos momentos, uno de esos descarriados del desconcierto.

—¿Se trata de una academia?

—Llámala así si quieres. ¿Te interesa el asunto?

—Entré en esta calle por casualidad y me llamó la atención el rótulo, eso es todo.

—¿Casualidad? No creo que exista. Son simples señales que debes aprender a leer en tu camino. Me llamo Sara Elly —me tendió la mano—. ¿Y tú?

—Stefan.

—Muy bien, Stefan. Si las casualidades no existen, y tu

camino te ha conducido hasta mi puerta, debo deducir que vas a ser mi alumno. Te espero mañana a esta misma hora. No tengo tiempo que perder.

—Pero...

—Si no vienes, entenderé que no te interesa. No te preocupes, algún otro llamará a mi puerta.

Supe, desde aquel mismo instante, que regresaría. Pero guardé silencio, fingiendo cierto desinterés.

—La vida siempre pone delante de nuestras narices oportunidades suficientes, aunque la mayoría las desaprovecha. No seas tú uno de éstos, Stefan.

Eso fue todo. Sin despedirse, Sara Elly se perdió en la penumbra del portal y yo regresé a mi casa sumido en mil cavilaciones. Vivía en un pequeño apartamento, de renta barata, que compartía con David. La vivienda tenía dos dormitorios, un cuarto de baño, una cocina minúscula y un reducido salón que mi compañero había decorado con láminas y grabados de músicos.

—¿Tienes alguna vocación? —me preguntó aquella noche.

—Tengo inquietudes. Busco algo que me llene, pero aún no lo encuentro. ¿Y tú?

—Yo seré un gran violinista y tocaré en los principales teatros del mundo.

David trabajaba por la mañana para pagarse sus estudios de violín, a los que se aplicaba con el cariño del enamorado. Era delgado y vestía siempre con ropas muy holgadas, lo que le confería un aspecto ingrátido. Era delicado y sensible, siempre preocupado por el bienestar de los que lo rodeábamos.

—Voy al parque a ensayar, ¿me acompañas?

—No, déjalo, no tengo muchas ganas, he tenido un día muy duro.

—Pues precisamente por eso tienes que desconectar. Tómalo como una orden, y vente conmigo.

Caminamos hasta un rincón discreto del parque. Una gran luna dominaba el cielo con sus guiños de plata. Me senté en el césped, apoyado en el tronco de un enorme cedro azul, y mis pensamientos divagaron libres al son de la melodía que David atacaba. Me sentí mejor. Cuando reconoces que necesitas ayuda y la buscas —me había dicho Sara Elly—, el destino siempre te concede oportunidades. Pero unos saben aprovecharlas y otros no...

La silueta del violinista se recortaba sobre el fondo de la luna inmensa y luminosa. Armonía, pura armonía. Quizás ésa fuera la razón de muchas de las casualidades que jalonan nuestras vidas. El violinista virtuoso parecía rezar con su música al dios infinito del universo de estrellas y luceros. Recordé la mirada de Sara Elly y deseé regresar a sumergirme en la sabiduría de su brillo. David finalizó la pieza que interpretaba y descendió al reino de la tierra. Arriba quedaba la luna de su música.

—¿Qué te ha parecido?

—Maravilloso —exclamé con sincero entusiasmo—, música para soñar.

—Muchas gracias, Mozart nunca falla. Te veo mucho mejor: el violín bajo la luna te sienta bien.

—No te imaginas cómo, David. Me ayuda a leer las casualidades y los signos.

- ¿Signos? ¿Qué quieres decir?
- Digamos que has facilitado la estrategia del destino.
- ¡Cada día estás más loco!
- En eso estoy de acuerdo contigo.

Zombis, turistas y caminantes

Al día siguiente no fui capaz ni de escribir cinco líneas seguidas en otra mañana de tormento. Mi desprecio hacia aquel trabajo simple y rutinario espantaba la concentración mínima que precisaba. Creo que estuve más pendiente del paso de las manecillas del reloj que de la pantalla del ordenador. Tres, dos, uno... ¡cero! A la hora justa de salida, me precipité hacia la puerta, con tan mala fortuna que choqué contra mi jefe al desembocar al pasillo.

—¿Tantas ganas tenías de irte, Stefan?

—No, no... perdona.

—Pienso que tendremos que anticipar nuestra conversación, ¿no crees?

—No es lo que parece...

—Ya hablaremos.

El jefe se perdió por el pasillo, y salí abrumado entre las miradas condescendientes de mis compañeros. Olía a despedido,apestaba a muerto, y nadie quería acercarse a mí en público. El fracaso es un camino que se recorre en solitario, huérfano de compañías y ayuno de afectos.

Dejé pasar las horas muertas hasta acudir a mi cita. Llegué con antelación, nervioso e indeciso ante la primera sesión de aquella extraña academia. A la hora convenida, Sara Elly apareció por el portal.

—Buenas tardes, Stefan. Sabía que vendrías y te esperaba.

Tras el saludo, se dirigió hacia la placa. Comenzó a retirarla.

—¿Por qué la quitas? —pregunté con asombro—. ¿Vas a cerrar la academia?

—La retiro porque ya tengo a mi alumno.

—¿Sólo aceptas a un estudiante?

—Cada maestro encuentra al aprendiz que busca, y cada buscador, al maestro que precisa. Tú me necesitabas para iniciar tu camino, y aquí estoy; yo te precisaba para continuar el mío, y aquí estás. Así de sencillo. ¿Para qué mantener un reclamo que ya cumplió su misión?

—Sigo sin comprender. Llegué aquí por casualidad y...

—¡Venga, no te atormentes más! Si prefieres llamar «casualidad» a los signos del destino, pues hazlo y quédate tranquilo; no perdamos más tiempo con ese asunto. Espera un segundo. Voy a dejar esto en la portería y nos vamos a merendar. ¡Tenemos que celebrar tu decisión!

Cinco minutos más tarde nos encontrábamos sentados en una cafetería cercana, con una vetusta decoración en madera y mesitas de mármol que recordaban tiempos mejores del barrio. Dos grandes lámparas de bronce iluminaban la sala a través de sus cristales gastados. Sara Elly pidió tarta de manzana y café con leche. Yo sólo café.

—Está rica... Los buenos momentos hay que saborearlos y no existe nada más hermoso que el inicio de un camino.

Me observó con la mirada curiosa de una coleccionista de insectos ante un bicho desconocido por catalogar.

—Lo primero, conocer las categorías. Verás, existen tres grupos básicos de personas: los zombis, los turistas y los caminantes.

—¿Zombis?, ¿turistas?, ¿caminantes? —exclamé divertido.

—Los zombis —respondió con toda seriedad—, nos recuerdan a los muertos vivos. Son los más tristes y patéticos, pero, desgraciadamente, los más abundantes.

—Zombis...

—Zombis, sí. No es difícil distinguirlos. Siguen a la masa, sin personalidad propia. Arrastran sus pies al ritmo que les marcan los demás. Sólo parecen motivarse por comer, beber, alguna pequeña diversión, y a dormir de nuevo. Calculo que podríamos incluir en esta categoría a un sesenta por ciento de la población. Deambulan sin rumbo ni sentido, sin noción de su propia valía ni de la misión trascendente que les corresponde. Como te decía, son masa, carecen de personalidad.

Asentí. Yo ya conocía por aquel entonces a muchas personas zombis, planas, insulsas, que vegetaban sin ilusión ni esperanza. Incluso, recordé, algunos llegaban a políticos. Sonreí al recordar sus carteles electorales. Los afeites del photoshop afilaban sus rasgos de muertos vivos. ¿Cómo demonios permitirían que les infligieran ese castigo?

—El segundo nivel sería el de los turistas. Se ilusionan con conocer esto y aquello. Llegan, hacen sus fotos y se van. Se quedan siempre en la superficie de los proyectos

que acometen. No suelen comprometerse con nada ni con nadie y son súbditos del reino de las apariencias. Son incapaces de profundizar y no aspiran a ningún tipo de trascendencia, sólo a divertirse o a ganar dinero.

—He leído en muchos libros —reflexioné en voz alta— que no es lo mismo ser turista que viajero. El turista observa los lugares que visita como si de un gran decorado para fotografiar se tratara, mientras que el viajero se esfuerza por comprenderlos, adentrarse en ellos y vivirlos. El primero se contenta con enseñar las fotos a sus amigos al regreso, mientras que lo que le interesa al segundo son las vivencias y el conocimiento que obtiene.

—Pues se trata de algo parecido. Estas personas picatean muchas flores a lo largo de su vida, sin profundizar ni dejar huellas en ninguna de ellas. Sólo les interesa la foto, el figurar, el decir que estuvieron allí. Desde luego, son mucho más activos y alegres que los zombis. Puedes, incluso, divertirte con ellos de vez en cuando. Pero enseguida agotas su fondo. No pueden aportarte más que la risa nerviosa del turista alborotado. No aspiran a cambiar el mundo que les rodea, al que consideran sólo un decorado para posar y lucirse.

Sopesé a los clientes de la cafetería. ¿Zombis? ¿Turistas, acaso?

—Existen tres categorías de turistas: los discretos, que al menos guardan cierta medida en sus expresiones y forma de vivir; los floreados, que sonrían con desfachatez delante del decorado, sin importarles su artificialidad de cartón piedra; y los más escandalosos, que son los turistas tuneados, hiperbólicos, que se adornan de expresiones

exageradas y forzadas para representar lo que no son. Como ves, dentro del turismo existe una gradación que debemos reconocer. No es lo mismo el discreto que el tuneado.

—¿Son muy numerosos esos turistas?

—Digamos que un treinta y cinco por ciento de la población.

Hice una rápida suma mental. Si el sesenta por ciento eran zombis, y el treinta y cinco turistas...

—Sólo nos queda un cinco por ciento.

—Que son aquellas personas conscientes de que su vida es un camino que tienen que recorrer. Se preocupan por su crecimiento personal, se interesan por los paisajes y las personas que conocen en su senda y aspiran a mejorarlos. Podría decirse que es la facción más consciente y comprometida consigo misma y con los demás. Son los caminantes.

—Luego los zombis serían los torpes y los caminantes, los más inteligentes.

—No, no es así. Estas categorías están mucho más relacionadas con nuestra actitud ante el camino que con nuestro cociente intelectual. Existen zombis inteligentes en lo suyo y caminantes que, sin poseer una especial brillantez intelectual, nos ofrecen un ejemplo de compromiso y buen hacer. Igual ocurre con los turistas, que los hay listos y torpes. Lo importante no es la cantidad de inteligencia que se posee, sino al servicio de qué se pone y el grado de autoconciencia que se desea alcanzar.

—No entiendo cómo una persona inteligente se puede conformar con arrastrarse como un zombi toda su vida.

—Porque no son conscientes de ello. Ya lo comprenderás más adelante. Quédate, por ahora, con esta idea: somos zombis, turistas o caminantes no porque seamos más o menos inteligentes, sino por nuestra actitud ante la vida, las prioridades que nos marcamos y los compromisos que adquirimos. El caminante avanza en la senda de la sabiduría; el turista llega a la del conocimiento, y el zombi, a la de los estímulos cotidianos. El caminante debe responder al para qué, el turista se limita al cómo, y el zombi nada se cuestiona.

—Lo que sí está claro es que los más felices serán los caminantes, y los más infelices los zombis.

—No, no, para nada. Existen zombis con una felicidad simple y ramplona. Llevan una vida muelle y sencilla, de centro comercial de fin de semana. A nada aspiran y nada les atormenta, más que sus necesidades básicas. Por el contrario, muchos caminantes pueden ser desgraciados porque no les gusta lo que ven en su camino o porque sufren al no poder mejorar aquello que desearían. La propia autoconciencia es puerta de la sabiduría, pero, también, a veces, de la amargura e insatisfacción.

—¡Pues vaya historia! Si los caminantes no tienen por qué ser ni los más inteligentes ni los más felices, ¿les merece la pena el esfuerzo?

—La felicidad a la que puede aspirar el caminante es más difícil, pero también es la más plena, mientras que la de los zombis es elemental y la de los turistas, superficial. Piensa que los zombis, con tener sus necesidades cubiertas y seguir a la masa, son felices. Los turistas, además de este nivel básico, precisan cosas con las que

divertirse y ciertos logros para presumir ante los demás. Los caminantes aspiran a su desarrollo personal. Los primeros se conforman con vivir, los segundos con gozar y figurar, y los terceros con mejorar, comprender y trascender. Los zombis se mueven exclusivamente en el reino de los sentidos y las emociones; los turistas también en el de la razón, y los caminantes ascienden hasta el entendimiento y la sabiduría. Lógicamente, el nivel superior también engloba el inferior, pero no a la inversa. Al caminante también le afectan sus sentidos y emociones, mientras que al zombi las ideas lo dejan indiferente.

—Casualmente, los zombis están de moda últimamente en el cine y los libros.

—¿Casualmente dices? Sigues sin leer los signos, muchacho. A la gente le gustan los zombis porque se identifica con ellos. ¿Comprendes?

No le respondí, por prudencia. Yo era uno de esos a los que le encantaban las historias de zombis.

—A los zombis se los ayuda —continuó Sara Elly—, pero debes evitar a toda costa unir tu camino al de ellos. Terminarías confundido en su masa informe. Con los turistas puedes compartir algunas etapas, pero a la larga no permitirán tu desarrollo y terminarán aburriéndote. ¡Son muy pesados con su obsesión de presumir de sus fotitos! Son los caminantes los que te pueden ayudar a superarte y dar sentido a tu camino.

—Sara Elly, ¿cómo me ves?

—Entre zombi y turista, Stefan.

—¡Yo no soy un zombi! —respondí airado—. ¡Tengo

personalidad propia, no soy masa, quiero hacer algo en la vida!

—Ningún zombi piensa que lo es. Todos se creen diferentes, sin darse cuenta de que arrastran sus pies tras los demás. ¿Qué has hecho tú hasta ahora?

—¡He estudiado una carrera, he dejado mi casa para venirme a la ciudad a buscarme un porvenir!

—No te enfades si te digo que eso es exactamente igual que lo que han hecho todos tus amigos. ¿Te planteaste acaso alguna otra posibilidad? Naciste programado para eso. Después os casaréis, tendréis hijos y una vida gris, con algún que otro partido de béisbol y vacaciones en la playa.

—Bueno... más o menos como todos, supongo.

—¡Zombi, que eres un zombi! ¡No te ocultes en la masa!

—¿Acaso es malo todo eso?

—No, no, a mí me parece perfecto. Pero, visto desde fuera, no eres más que uno del montón. Respóndeme con sinceridad, por favor. ¿Para qué haces todo eso?

—¿Cómo que para qué? ¡Pues para labrarme un futuro!

—¿Lo ves? No tienes un para qué trascendente. Un caminante habría respondido que lo hace para desarrollarse como persona y mejorar el mundo que lo rodea. O para trascender. Sólo así lograría ser feliz.

Me sentí desvalido. No sólo es que me gustaran las películas de zombis, sino que resultaba que yo era uno de ellos.

—Ayúdame a convertirme en caminante.

—Acabas de dar el primer paso, el más importante del camino. Querer. Desear. Comenzaremos las lecciones dentro de una semana. Vente por aquí a esta hora.

—Me gustaría saber qué me vas a cobrar. Verás, no ando muy bien de dinero y...

—¡Pues claro que andas mal de dinero! ¡Y peor aún vas a estar si sigues perdido sin rumbo! No te preocupes por eso. Ya hablaremos más adelante.

—Al menos déjame invitarte hoy.

—Lo acepto, y me doy por pagada. ¡La tarta estaba buenísima!

Esa noche, abrazado a Salem, mi novia, resumí las diferencias entre zombis y caminantes. Sus ojos brillaban mientras desgranaba lo aprendido. Al final, se levantó para decirme:

—Yo soy caminante, Stefan. Tengo las ideas muy claras y quiero trascender con mi talento. Seré diseñadora de moda y ayudaré a muchas mujeres a sentirse bien consigo mismas.

Salem era así. Inteligente, directa, maravillosa. Me gustaba su melena corta que sacudía al hablar. Miré con ternura su rostro redondeado y enmarcado por un pelo muy negro y liso. Asombrado por su seguridad y decisión tuve que darle la razón:

—Conseguirás lo que te propongas.

—Puedes estar seguro de ello —me respondió antes de morderme la oreja.